

## Los sordos como personas con discapacidad (Parte II)

Carlos Sánchez

### 1.- En el principio era el verbo... (Juan 1:1-3)

Desde los tiempos bíblicos se sabe que en el principio de todo está el verbo. La versión griega dice que “en el principio era el *logos*”. Y el vocablo “logos” puede referirse estrictamente al pensamiento interior, que se expresa exteriormente a través de una lengua, en palabras o en señas. “Logos” según Wikipedia, “puede entenderse como la palabra en tanto meditada, reflexionada, razonada, es decir, razonamiento, discurso, argumentación, inteligencia, pensamiento...” Entonces, lo que ya desde la Antigüedad se reconocía: para los seres humanos, lo primero, lo más importante, lo que se ubica por sobre todas las cosas, es lo que hoy denominamos lenguaje. Porque es el lenguaje el que hace posible la expresión del pensamiento mediante las palabras o las señas.

Sin lenguaje no hay comunicación, no hay inteligencia. El lenguaje nos hace humanos. Así como dicen que todos los caminos conducen a Roma, todas las teorías psicológicas y psicolingüísticas, a partir de N. Chomsky y E. Lenneberg, coinciden en señalar las devastadoras consecuencias de la privación del lenguaje. El Dr. Oliver Sacks, con la elocuencia que lo caracteriza, fue lapidario a este respecto.

*"Tendemos a considerar la sordera, si alguna vez pensamos en ella, menos grave que la ceguera; tendemos a verla como un impedimento o un obstáculo, pero no la consideramos, ni mucho menos, tan terrible en un sentido radical. Es discutible que la sordera sea 'preferible' a la ceguera si se presenta en una etapa tardía de la vida; pero es infinitamente más grave nacer sordo que nacer ciego, al menos potencialmente. Los sordos prelingüísticos, que no pueden oír a sus padres, corren el riesgo de un retraso mental grave e incluso de una deficiencia permanente en el dominio del lenguaje, a menos que se tomen medidas eficaces muy pronto. Y una deficiencia del lenguaje, es una de las calamidades más terribles que puede padecer un ser humano, pues sólo a través del lenguaje nos incorporamos del todo a nuestra cultura y nuestra condición humana, nos comunicamos libremente con nuestros semejantes y adquirimos y compartimos información. Si no podemos hacerlo, estaremos grotescamente incapacitados y desconectados, pese a todos nuestros intentos o esfuerzos o capacidades innatas, y*

*puede resultarnos tan imposible materializar nuestra capacidad intelectual que lleguemos a parecer deficientes mentales. Y es por ello que por mucho tiempo los sordos fueron considerados como tales”.*

Esto fue hace más de 20 años; desde entonces largo tiempo ha transcurrido, tiempo durante el cual toda una generación de sordos siguió sometida a un modelo “educativo” inconcebible, un modelo que prescinde del lenguaje, un modelo que bien podría ser bautizado como “modelo Psamético” porque evoca a aquel faraón de triste memoria que, con un espíritu científico que corría a la par de su barbarie, mantuvo a dos niños privados de todo contacto lingüístico durante los primeros años de su vida, para saber qué lengua hablarían. Pretendía de este modo identificar la lengua que sería en su opinión la madre de todas las lenguas, la lengua que habrían hablado Adán y Eva en el Paraíso, la lengua que se hablaba antes de que Jehová introdujera el caos en la Torre de Babel. Ocurrió lo previsible: esos niños no hablaron ninguna lengua, simplemente no hablaron. Y por supuesto, no desarrollaron un lenguaje normal.

Rescatemos de este episodio algo de importancia trascendental. El castigo impuesto por Jehová no privó del lenguaje a la humanidad, con lo que la hubiese reducido a un estado poco menos que animal. A cada quien le dejó una lengua, pero cualquiera que ella fuese, cada lengua pudo operar en el sentido de permitirle al ser humano el desarrollo del lenguaje, y con eso el desarrollo del pensamiento, de la inteligencia. Los hombres se dispersaron, formaron pueblos y crearon culturas diferentes, cada uno con su lengua. Quisiera creer que ya en aquel entonces los hombres sordos hicieron lo propio con sus lenguas de señas... Debo insistir: sólo disponiendo de una lengua natural es posible el desarrollo normal del lenguaje y de la inteligencia. No basta con conocer palabras o señas, cientos o miles de ellas... Lo que se requiere es conocer y usar una lengua natural.

Frutos similares a los que cosechó Psamético, salvando distancias y condiciones, son los que se pueden apreciar tras largos años de educación de los sordos en un modelo que se identifica como “bilingüe y bicultural”: niños y jóvenes que, privados de una lengua natural, egresan de las instituciones educativas con severas carencias en el área del lenguaje y en consecuencia, con marcadas limitaciones cognitivas. Se querrá refutar esta afirmación diciendo que era peor con el oralismo. En muchos sentidos eso es cierto: con el

reconocimiento de la lengua de señas los sordos salieron del anonimato, se mostraron en la sociedad; rompieron un silencio de casi 100 años para hacerse oír, con las manos, claro. Y, cosa que ellos valoran sin duda, dejaron de sufrir interminables sesiones de rehabilitación, de tener que oír ruidos molestos con amplificadores inservibles, dejaron de ser objeto del “encarnizamiento terapéutico” con que se pretendía curar su sordera, para hacer de ellos individuos que, marcados por una tara, supieron superarla. Pero el balance sigue siendo negativo: pasaron de ser excluidos dignos de lástima a ser incluidos dignos de benevolencia. Peor es nada ...

Esto no obstante, la realidad debería estremecer la conciencia de quienes estamos comprometidos con la causa de la sordera. No para darnos golpes de pecho, rasgarnos las vestiduras, derramar ceniza sobre nuestras cabezas y llorar sobre la leche derramada. Pero sí para preguntarnos: “¿Y ahora qué?”. Y dar respuesta a esta pregunta, sin evasivas ni autoengaños. Porque es muy probable que ésta sea la última oportunidad que tengamos para hacer algo: de no ser así, entre los implantes cocleares y las políticas de inclusión, muy pronto tendremos una población de “sordos” que, sumergidos en la multitud oyente, no se reconocerán como tales. Quiero decir que no serán reconocidos por los demás, porque hablarán (todo hace pensar que podrán hablar “casi” bien, lo suficiente como para pasar desapercibidos), y lo que es peor, no se reconocerán ellos mismos, porque no hablarán con señas sino con palabras. A lo más, sabrán que nacieron sordos por la huella, cada día menos visible, de la prótesis... Los sordos, masivamente digeridos por la sociedad oyente, pasarán a ser individuos “simples”, pero “normales”, individuos a los que no habrá por qué exigirles que hayan inventado la pólvora. Ganarán el pan con el sudor de sus frentes, contraerán matrimonio de preferencia con oyentes, crecerán y se multiplicarán, como tantos otros. Sus hijos, en su gran mayoría oyentes, contribuirán a borrar la estela de la estirpe, hasta que de manera más o menos inesperada nazca un niño sordo - cosas de la genética - que será inmediatamente implantado, y así sucesivamente...

## **2.- El modelo bilingüe y bicultural: un gigante con pies de barro**

Desde mediados de los ochenta, en nuestro continente y prácticamente en todo el mundo, se fue imponiendo el llamado modelo bilingüe y bicultural en la educación de los sordos. Más acá de la diversidad de experiencias, el punto de partida fue – al menos en el papel –

el reconocimiento de la lengua de señas como una lengua natural, que podía cumplir las funciones de toda lengua natural: hacer posible el desarrollo del lenguaje, y de ese modo permitir una comunicación irrestricta y favorecer el enriquecimiento del pensamiento y la optimización de la inteligencia. Digo que éste fue el punto de partida al menos en el papel, porque desde un comienzo fueron muchas las instituciones que, a falta de entender el carácter único, específico, insustituible, de una lengua natural, promovieron el uso del español signado como la panacea. Gravísimo error que todavía se mantiene en los ámbitos escolares. No sólo eso: hasta donde tengo conocimiento, en ninguna escuela se configuró un ambiente en el cual los niños sordos hijos de oyentes pasasen al menos cuatro horas diarias de su vida “sumergidos” en la lengua de señas, compartiendo sus vidas con usuarios competentes de esa lengua, y no con oyentes que en su mayoría parecen ser adeptos de la malhadada “filosofía” de la Comunicación Total.

Quienes en aquel momento tuvimos una participación protagónica en la difusión y en la implementación del modelo bilingüe y bicultural en nuestro continente, creíamos a pie juntillas en la capacidad todopoderosa del lenguaje. Maravillados ante el inesperado descubrimiento de Stokoe que venía a poner sentido a la discusión trabada entre el oralismo y el manualismo, estábamos convencidos de que el sólo uso de la lengua de señas en las escuelas operaría el cambio, logrando la emancipación de una comunidad secularmente oprimida. Y en lo personal, todavía pienso que esto es así. Lo que no supimos prever fue que en las escuelas de sordos no se utilizaría la lengua de señas. Y recién al cabo de tanto tiempo estamos cayendo en cuenta de ello.

Quien se expresa en español signado no habla lengua de señas. Sigue hablando español porque piensa en español, estructura las frases en español, y “cuelga” las señas en lugar de las palabras que a menudo va pronunciando simultáneamente con el movimiento de las manos. Peor aún, quien habla español signado “convierte” literalmente los términos del español en señas, sin tener en cuenta el sentido o el significado de los mismos en un determinado contexto. Así, puede hacer la misma seña para las palabras “cómo” (de interrogación o admiración: ¿cómo estás?) y “como” (que establece una similitud: fulano se viste como zutano); puede traducir literalmente expresiones propias de la lengua oral, tales como “sentar cabeza” o “apretarse el cinturón”; o inclusive acudir al inconcebible recurso de deletrear la palabra en castellano. Es como si creyendo hablar en inglés se invitase a alguien a “tomar asiento”, traduciendo la expresión como “drink chair”, o en

sentido contrario, creyendo hablar español alguien dijera “sentar abajo favor” traduciendo la expresión “sit down, please”.

Quienes utilizan el español signado lo hacen, obviamente porque no dominan la lengua de señas, no conocen bien su léxico por supuesto, pero mucho menos su sintaxis ni su dimensión semántica, ni su pragmática. Claro que a quienes lo usan porque no saben hacer otra cosa, no se les puede reprochar que lo hagan; no tienen otro remedio. Pero es reprobable el hecho de que los maestros de sordos, que tienen la responsabilidad de integrarse a un entorno lingüístico de señas (es decir, un entorno en el que se hable la lengua de señas natural de los sordos), sigan utilizando el español signado. Pero más reprobable aún es el hecho de que crean que lo están haciendo bien, “aunque no perfecto”. No; deben saber que lo están haciéndolo mal, pudiendo causar un daño irreparable en el desarrollo del lenguaje de sus alumnos sordos.

¿Por qué lo hacen? Tal vez porque siguen pensando, por una parte, que así contribuyen a “mejorar” la lengua de señas con el agregado de artículos, preposiciones, pronombres y otros indicadores, para que los sordos no hablen “como los indios” (¡sic!), y por otra parte, que ese código artificial, sentido como “estructurado” en comparación con la lengua de señas “mal estructurada”, facilitaría el acceso de los sordos a la lengua escrita. Este criterio, contra todas las evidencias que muestran su inadecuación, se mantiene con fuerza en el ámbito escolar.

Las consecuencias de este error afectan directamente a los padres, que creen que al hablar como pueden, se están comunicando satisfactoriamente con sus hijos. Y lo creen porque ven que pueden mantener con ellos una conversación más o menos inteligible de ambas partes, sobre temas cotidianos. Se trata de una ilusión vana, que se derrumbaría dolorosamente si tuviesen la oportunidad de percibir cómo se comunican los niños sordos con sus padres sordos, cómo es la calidad y la cantidad de ese intercambio, y si pudiesen mirar cara a cara la realidad del desarrollo del lenguaje e intelectual de sus hijos al llegar a la adolescencia.

Son innumerables los trabajos que atribuyen las deficiencias del lenguaje y los retardos cognitivos a la falta de una auténtica y efectiva comunicación con los padres. Pero son muy pocos los que señalan que no se trata de la falta de una comunicación cualquiera,

sino de una comunicación lingüística, de la comunicación única que se establece a través de una lengua.

No es casual que Luis Behares, lúcido taumaturgo en el área de la sordera y actor de primera línea en la implementación del modelo bilingüe y bicultural desde la década de los ochenta, comentara en el 2007, el fracaso de este modelo. Claro que, fiel a su profesión, pretende ubicarse “*au dessus de la mêlée*”, adoptando un marco de referencia que mezcla con muy poco decoro a Marx (no a Groucho sino a Carlos), al psicoanálisis lacaniano y a la teoría de la trasposición didáctica de Chevalard. Y dice lo siguiente:

*Cuando en la década de 1980 nos abocamos a su investigación como posibilidad pedagógica, a su elaboración y a su puesta en práctica, tal vez éramos un poco ingenuos respecto a este conjunto de “nuances”. En cierta forma, aquel nivel de propuesta, saludable y valiente, no hubiera sido posible si le hubiéramos contrapuesto estas dificultades, que no dejan de ser inherentes, pero que en ningún sentido la degradan.*

Behares, no sin cierta indulgencia, concede que tal vez fuimos ingenuos, porque no tuvimos en cuenta estas “*nuances*”, matices, podría decirse que pequeñeces, a las que alude como “*dificultades*” que califica de inherentes, pero que en último término no desdican del modelo. Pues bien, estas dificultades son, ni más ni menos, las que yo estoy denunciando de una manera que pretende ser clara y directa, sin ambigüedades que oscurecen el panorama. Entonces, en opinión de Behares, nuestra propuesta de modelo bilingüe y bicultural, en los años ochenta, pudo haber sido “*saludable y valiente*”, pero que no se hubiera dado si hubiésemos tomado en cuenta las mencionadas dificultades. ¿Pero entonces? Ahora que – más vale tarde que nunca – reconocemos la existencia de esas dificultades, lo mejor que podemos hacer, por sugerencia de Behares, es seguir dándole vueltas a la noria.

*Esto no implica negar que desde un punto de vista pedagógico-político las posturas hacia la Educación Bilingüe sean las más adecuadas y humanamente posibles, sino ampliar las discusiones en torno a lo que existe de todos modos más allá de ellas.*

Porque ¿qué tenemos que seguir discutiendo? ¿qué discusiones hace falta ampliar cuando el problema salta a la vista: carencia del lenguaje por ausencia de una lengua

natural? Además, es el propio Behares que lo plantea con aceptable claridad, al comienzo de su artículo:

*Es conveniente señalar lo que ha venido siendo repetido en los últimos cuarenta años: el déficit o la carencia de los sordos no es inmediatamente el derivado de una marca en el cuerpo, sino en su relación con el lenguaje. El Real de la sordera, lo sordo, no es el Real de la audición (en tanto que marca física en el cuerpo), por lo menos en aquello que pugna por manifestarse en nuestras representaciones occidentales, sino un Real del lenguaje y de la palabra.*

Sin embargo, una vez más, Behares revuelve el caldero con un galimatías que pasa de la lingüística a una erótica de la educación que parece ser “frustrogénica”, con forcejeos que conviven con un no-se-puede, salpicados con concesiones diferencialistas de matriz sociológica... (¡sic!)

*No es extraño, entonces, que la erótica que funda la intersubjetividad educador-educando en la educación del sordo se refiera a esta falta constitutiva. Sin lugar a dudas, hay en el campo de la educación de los sordos una fantasía "frustrogénica", particularmente regida desde el imposible absoluto de educar freudiano, que hace convivir discursivamente un no-se-puede y los forcejeos de rehabilitación y restitución del hablante, pero también, a mi entender, a las concesiones diferencialistas de matriz sociológica que honesta pero engañadamente creen haber dado un paso adelante...*

Yo no sabría decir si fuimos ingenuos o si sencillamente no fuimos capaces de ver la serpiente debajo de la piedra. Lo que sí puedo decir es que la mayoría de quienes pudieran sentir como propio ese sayo, pasaron repentinamente a cuarteles de invierno, héroes fatigados o en procura de restañar una herida narcicística. Los padres de la criatura, incluyendo a Behares, por supuesto, parecen querer negar la paternidad cuando la criatura bautizada en un clima de desbordante entusiasmo como modelo bilingüe y bicultural, no responde a las expectativas parentales, parece “discapacitada”.

### **3.- ... Qué hacer**

Admitamos que la condición necesaria y suficiente para que un niño desarrolle un lenguaje normal es que se críe en un entorno humano en el que se utiliza de manera espontánea una lengua natural (sea ésta oral o de señas). Pero tiene que ser una lengua natural, porque el cerebro viene específicamente “preparado” para hacer funcionar el lenguaje con ese insumo y no con otro. Las medias lenguas y las lenguas artificiales no cumplen este cometido. Mucho menos las lenguas “machucadas” o la simple enumeración de palabras. El niño debe crecer en un entorno en el que los adultos y sus pares sean usuarios plenamente competentes de una lengua natural.

Una vez admitida esta verdad a estas alturas irrefutable, también habremos de admitir que la única salida de este tremedal es la conformación de un entorno de lenguaje con adultos usuarios competentes de la lengua de señas, para que el niño se críe disfrutando y aprovechando la única oportunidad, transitando el único camino que tiene para desarrollar el lenguaje. Pero también debemos admitir que ese entorno, casi sin excepciones, no puede conformarse en el hogar de un niño sordo hijo de padres oyentes. En estas circunstancias, la escuela debe asumir esa gigantesca responsabilidad: conformar un entorno de lenguaje con base en la lengua de señas, para garantizar a los niños sordos hijos de padres oyentes un desarrollo normal del lenguaje. Este, y no otro, tiene que ser el primer objetivo de la escuela de sordos, del cual dependen inexorablemente todos los demás...

Lamentablemente, tenemos que admitir que la escuela, hasta donde tenemos conocimiento, en ningún caso ha logrado conformar ese entorno. Las mejores intenciones chocan con una triste realidad. Por desinformación o por prejuicios, los padres oyentes, mal aconsejados por sedicentes especialistas, suelen postergar la puesta en contacto de su hijo con la lengua de señas hasta la edad de seis o siete años, cuando juzgan que es conveniente que vaya a la escuela. En la escuela, en lugar de encontrar un entorno formado por adultos competentes en lengua de señas, el niño se encuentra encerrado entre cuatro paredes, testigo más o menos mudo de un maestro que “manotea” señas, gesticula, hace muecas exageradas, dibuja en hojas o en rotafolios, muestra láminas y, como si esto fuera de utilidad, llena la pizarra de escritura en español. Hace todo esto para dar cumplimiento a la orden ministerial de “dar las clases” como hacen los maestros con los niños oyentes. Para soportar esta situación poco menos que



kafkiana, los niños y el maestro hacen como que se entienden, respetando rigurosamente un “pacto de no entendimiento mutuo”. Así pasan los días, los meses y los años...

### 3.1.- Cambiar la estructura y el funcionamiento de las escuelas de sordos.

La primera respuesta al reclamo de “qué hacer” no puede ser otra que modificar radicalmente la estructura y el funcionamiento de las escuelas. Romper las aulas para que la lengua de señas circule, viva y libremente, entre sus hablantes nativos, adultos y niños sordos. Adjudicarle al maestro la responsabilidad de aprender a hablar en lengua de señas mucho antes que obligarlo a enseñar en un idioma que no conoce y que en las condiciones señaladas, nunca podrá llegar a conocer. Pero además, se trata de darle a los sordos las responsabilidades propias de miembros de una comunidad lingüística minoritaria y no mantenerlos subordinados haciéndoles sentir su condición de “personas con discapacidad”. Estas responsabilidades, por supuesto, nada tienen que ver con la enseñanza regular, ni con ningún programa hecho por y para oyentes. La responsabilidad enorme, superlativa, que deben asumir los sordos es hacer que los niños adquieran espontáneamente, naturalmente, la lengua de señas que les servirá para desarrollar el lenguaje y la inteligencia. Para asumir esta responsabilidad, lo único que tienen que hacer los sordos adultos es hablar como hablan normalmente entre ellos, y organizar la comunidad “escolar” como una institución propia, moldear una nueva escuela. Una escuela que, retomando su denominación en el sentido etimológico, sería un lugar de ocio y de placer, un lugar para aprender a hablar en la dimensión humana, y por esa vía, aprender a pensar, aprender a vivir, es decir, a dirigir sus propias vidas. Si se comprendiera lo que está en juego, nadie dudaría en responder a la siguiente disyuntiva: ¿qué es preferible: un niño normalmente inteligente que no sabe quién fue Cristóbal Colón, o un niño limitado intelectualmente que podría decir – y hasta escribir - sin entenderlo, que Colón vino a descubrir la América?

Esta primera acción hasta ahora se ha visto impedida por la burocracia educativa, que ignorando las necesidades esenciales de los niños y jóvenes sordos, se regodea inventando formas de “normalizar” a la población que considera afectada por una discapacidad. Ahora con la onda de la “inclusión”. Y nada hace suponer que esto podría cambiar, al menos en el corto plazo. El tiempo que dedica la escuela a la enseñanza de las letras o al reconocimiento de sonidos que no se oyen, muy bien podría dedicarlo, con

mucho más provecho y menos gasto, a favorecer la adquisición de una primera lengua. Es el momento de decirlo más claramente: en vez de proclamar el derecho inasible de los sordos a ser bilingües, es preciso reclamar el derecho inalienable de que puedan ser monolingües, de que puedan tener una lengua plena, porque hasta ahora, no son bilingües (lengua de señas - español escrito, triste ironía que proclaman los propósitos escolares), y ni siquiera se piensa que pudieran ser monolingües (a pesar de que son miles de millones los individuos que en todo el mundo no usan más que una sola lengua), por el incansable afán de los oyentes de otorgarles “el derecho – en realidad la obligación – de expresarse en español”. Porque en el momento actual, y hasta que las cosas no cambien, los sordos son semi-lingües, para su desgracia.

### 3.2.- Las cosas no son tan fáciles (procuremos no pecar de ingenuos esta vez ... )

Dado que no podemos esperar que los oyentes, ni en el medio familiar (es el caso de los padres oyentes, si no dedican el tiempo y mantienen la voluntad suficientes para dominar una lengua tan distinta a cualquier lengua oral) ni en la escuela (los maestros no tienen la oportunidad de aprender lengua de señas, por las exigencias curriculares a las que deben someterse) puedan considerarse usuarios competentes de la lengua de señas, debemos aceptar que los sordos adultos, y sólo ellos, serían los indicados para llevar a cabo esta misión. Es preciso insistir en este aspecto. Sólo una lengua natural es la que permite a cualquier niño desarrollar normalmente el lenguaje. Si los oyentes no hablan una lengua natural que pueda ser “aprovechada” por los niños sordos, todo esfuerzo que hagan será inútil, y en ocasiones contraproducente. Es hora de que los oyentes reconozcan, con la imprescindible humildad que imponen la ciencia y la ética, que la lengua de señas les es esquiva; que casi sin excepciones permanece fuera de su alcance. Por eso, es hora de denunciar la insolencia, la desfachatez o la desvergüenza que se esconde tras afirmaciones como éstas: “A mí no me hace falta estudiar la lengua de señas, yo me entiendo bien con los sordos” o “Se trata de una lengua visual, ellos entienden la mímica”...

En muchos eventos – por lo general educativos - en los que participan sordos y oyentes, es patética, cuando no lindante con lo ridículo, la “actuación” de intérpretes que traducen, por ejemplo, la palabra “epistemología” por conocer o aprender, la palabra “ironía” por mentira, la palabra “conmiseración” por pena, y a la inversa, ponen en boca (o en manos)

de los sordos términos que de ninguna manera han sido utilizados por estos disertantes, ideas que son meras suposiciones benevolentes. Con muy pocas excepciones, los intérpretes gesticulan, se contorsionan y hacen muecas mucho más exageradas que las expresiones faciales que normalmente pueden hacer los signantes sordos. Y no digamos nada de aquellos intérpretes que, cuando no conocen la seña correspondiente a una palabra (seña que es muy probable que no exista en la lengua de señas en cuestión), simplemente la deletrean o muestran en un cartel su forma escrita.

En suma, si los oyentes no pueden hacerlo, deben dejar libre el camino a los sordos para que lo hagan. Pero aquí se presenta un tremendo escollo, que a ciencia cierta no sabemos cómo superar, aunque no hay otro remedio que enfrentarlo. Si como ya le hemos visto, los sordos adultos hijos de padres oyentes - debido a una atención terapéutica o pedagógica errada que no les dio la oportunidad oportuna y adecuada - presentan carencias de lenguaje y limitaciones cognitivas, tenemos que aceptar, mal que nos pese, que en esas condiciones no podrán ser los modelos lingüísticos más apropiados para niños que se están incorporando a un colectivo. ¿Qué consecuencias puede tener este hecho en el desarrollo del lenguaje y en la capacidad intelectual de los niños sordos hijos de padres oyentes? Cualquier respuesta a esta interrogante no pasaría de ser una temeraria especulación.

A mi entender, los sordos adultos en la actualidad, a pesar de las carencias que señalamos, utilizan la lengua de señas natural de su comunidad, respetando la gramática propia de esa lengua. Y esto, que no pasa de ser una suposición que creemos bien fundada tanto lingüística como psicológicamente, nos permite afirmar que los niños sordos podrían aprovechar muy eficazmente la interacción dialógica con los adultos sordos, para desarrollar el lenguaje y enriquecer el pensamiento. Pero cuidado: no se trata sólo de cómo hablan los sordos adultos, sino y principalmente de qué hablan. Ambos aspectos deben ser tomados seriamente en cuenta.

Por medio de encuestas e indagaciones personales en distintos medios, hemos podido comprobar que, salvo excepciones, los sordos adultos no utilizan recursos metafóricos tales como refranes, proverbios y parábolas, que son de uso común en las lenguas orales, y en las raras ocasiones en que lo hacen, estos recursos son "importados" de la lengua oral. Está fuera de toda duda que la lengua de señas, reconocida como una lengua

natural con una estructura y unas funciones homologables a las lenguas naturales orales, no presenta ninguna limitación ni estructural ni funcional para el uso de estos recursos. Por lo tanto, es lícito plantear que la no utilización de recursos metafóricos, podría obedecer, en lo que concierne al plano individual, a un insuficiente desarrollo del lenguaje de las personas sordas y en el plano colectivo a carencias en la socialización comunitaria de la lengua. Dicho en términos más coloquiales. Toda lengua es utilizada en la medida en que satisface necesidades de sus usuarios. Si no se usa de determinada manera, es porque a sus usuarios no les hace falta.

En el caso de los niños oyentes, el acceso al pensamiento abstracto, a la dimensión imaginaria, y la consiguiente utilización de metáforas, se comprueban desde los primeros años de la vida, coincidiendo con la adquisición del habla. Los niños oyentes acceden al mundo de la fantasía como algo corriente, y disfrutan de ese mundo a través de los cuentos, narrados o leídos, y de los juegos en los cuales recrean ese mundo de acuerdo con sus propios intereses y fantasías. No sucede así en el caso de los niños sordos, que parecen no comprender lo irreal, lo imaginario, como parte natural de su vida.

Estamos convencidos de que el pensamiento abstracto tiene sus orígenes y se desarrolla en la medida en que el niño accede, de la mano de un adulto, al mundo imaginario, y eso ocurre indefectiblemente a partir de las interacciones dialógicas, narrativas y ficcionales que mantiene con las figuras parentales o familiares más cercanas y significativas, en el seno del hogar. En estos casos, el hilo conductor del niño es el lenguaje. Es la palabra del adulto que narra, palabra plena de significado porque es vehiculizada por una lengua naturalmente compartida, la que atrapa al niño y la que le da las claves para explorar ese mundo de creatividad y de emociones inefables.

Con base en lo expuesto, consideramos que el niño sordo no debe estar al margen de estas prácticas sociales a las que todo niño normalmente oyente tiene acceso, prácticas que enriquecen su pensamiento y contribuyen a optimizar su desarrollo intelectual, su capacidad crítica y reflexiva. Con este propósito, consideramos que los sordos adultos deben acceder al mundo de lo metafórico, al mundo imaginario, guiados por un oyente que esté en capacidad de cumplir esta función. Una vez que los adultos usuarios competentes de la lengua de señas puedan apreciar desde una perspectiva “literaria” y no “pedagógica” los cuentos, las fábulas, las narraciones y las poesías que nos impactan

porque trascienden lo inmediato, lo cotidiano, lo concreto, estarán en condiciones de compartir con los niños sordos esta visión del mundo, utilizando una lengua que los niños puedan comprender. En ese momento, los sordos adultos dejarán de preocuparse por “enseñar” la lengua de señas mediante listas de vocabulario a los niños sordos, para establecer con ellos las condiciones necesarias y suficientes para que tenga lugar la adquisición del lenguaje y el pleno desarrollo intelectual.

Estas son las premisas de un programa de “Apreciación Literaria” que estamos adelantando en varios lugares, con resultados sumamente promisorios. Los sordos “leen” con nosotros cuentos y poesías, comprenden el texto, comentan su contenido, entienden que en la fantasía los animales hablan, que las brujas existen aunque no sean reales, que los sentimientos no son simples y que las emociones pueden ser encontradas. Esos sordos manifiestan en forma inequívoca una satisfacción inédita, y se muestran impulsados a compartir esos cuentos con los niños. Lo hacen utilizando la lengua de señas, sin ilustraciones “didácticas”, y sólo “hablando” (en lengua de señas, por supuesto) logran captar la atención de niños que, como a cualquier niño, el verbo – palabra en los oyentes, seña en los sordos – los fascina. No enseñamos lengua, “damos literatura”. No consideramos a los sordos sujetos de enseñanza, sino aprendices de una práctica social esencialmente humana.

Como puede verse, no estamos aquejados de un pesimismo radical, sino que sencillamente nos vemos en la obligación de no guardar silencio, cuando la prepotencia “oyentista” vuelve por sus fueros. Y vuelve con una amenaza más terrible que nunca: se trata de hacer desaparecer la estirpe de los sordos de la faz de la tierra. Y según García Márquez, al cabo de 100 años de soledad, hay estirpes que no tienen una segunda oportunidad. No les demos el gusto.

Carlos Sánchez

Los sordos como personas con discapacidad (Parte II). Carlos Sánchez, 2011.

<http://www.cultura-sorda.eu>